

De pie y de cara al viento: Gabriela Mistral, editora en Punta Arenas

Gabriela Mistral. (2024). *Mistral editora. La revista Mireya en Punta Arenas*. Santiago: Ediciones Libros del Cardo. 150 páginas. ISBN: 978-956-6192-52-7



Gabriela Mistral viajó a Punta Arenas desde Los Andes en abril de 1918 con la misión de dirigir el Liceo de Niñas de Punta Arenas bajo recomendación del ministro de Justicia e Instrucción Pública, Pedro Aguirre Cerda, durante el gobierno de Juan Luis Sanfuentes. Entre sus misiones, como señala la propia autora, se contaban: “reorganizar un colegio ‘dividido contra sí mismo’ y ayudar en la chilenización de un territorio donde el extranjero superabundaba [...] El primer encargo se cumplió pronto; el segundo era más complejo para la mujer” (Mistral & Quezada, 2002, p. 65). Son numerosos los estudios que nos muestran el paso de Mistral por Magallanes centrándose en las distintas labores que desarrolló como educadora, entendiendo a la educación desde un sentido que trasciende a la mirada tradicional, ligada y circunscrita al quehacer institucional, intramu-

ros, descontextualizado y en pugna con la cultura popular. Esto no sería posible de hacer sin determinación y un equipo de confianza, conformado por siete profesoras que la acompañan, entre ellas, Laura Rodig.

La autora quiso e hizo lo contrario, evidenciando una comprensión y ejercicio de la labor pública, como intelectual y docente, que iba más allá de gestionar efectiva y eficazmente los limitados e insuficientes recursos de un liceo en crisis, sino que posicionando a este espacio como un lugar de encuentro y entramado con personas de distinta procedencia, como las mujeres de la alta sociedad; las obreras que accedieron a los cursos de alfabetización posjornada, implementados en conjunto con la Sociedad de Instrucción Popular; los ex presidiarios y fugados de la cárcel, que se acercaban tras las clases a conversar; los lectores y las lectoras de la biblioteca pública que armó desde cero, en el centro educativo, que no era más que un edificio arrendado y acondicionado para las labores docentes y que, con apoyo de la comunidad a través de diversas donaciones, fue remozando. Los recursos desde el centro del país llegaban siempre tarde, la urgencia de educar a las niñas y mujeres, en las mejores condiciones posibles, no se detenía; tampoco sus esfuerzos.

Los vestigios de la publicación, seis números que tuvo la revista entre los meses de mayo y noviembre de 1919, dan cuenta de su faceta de editora y constituyen un paso lógico entre sus múltiples acercamientos a la escritura. La prensa fue un medio de difusión de su trabajo y, al mismo tiempo, de sustento, puesto que su labor como docente y directiva no le permitía vivir con la holgura material necesaria para sostener también a su madre. El contexto en que se inserta esta publicación mensual es dinámico: el Territorio Magallanes¹, que tiene una posición periférica respecto del centro político, incluso en términos de su administración, cuenta con una imprenta y un flujo de publicaciones significativo, considerando la baja densidad de

sus habitantes en relación a lo basto de su geografía: “en ese lugar y en ese momento existían simultáneamente catorce publicaciones, fuera de los cuatro diarios, mientras otras setenta y nueve habían surgido y desaparecido con éxito desigual desde 1898” (Scarpa, 1977, p.187). *Mireya* no nació en tierra yerma, sino en un espacio poblado de publicaciones heterogéneas, incluso en idiomas distintos del español, puesto que los lectores/as provenían de distintas lenguas. Se estima que un tercio de sus habitantes era migrante, proveniente de lugares ajenos al idioma y al continente; también muchos de ellos/as, chilotes.

¿Cómo chilenizar un territorio que se piensa como “fuera” de Chile? ¿Cómo enseñar a migrantes de Yugoslavia, Rusia, Portugal, Argentina y otros países a ser “chilenos/as”? ¿Qué es ser chileno/a? No sé siquiera si hoy somos capaces de responder estas preguntas. Su respuesta fue la integración, pero no entendida ésta como un ejercicio vertical de asimilación desde la capital, ya bastaba con la verticalidad que percibía ante las notorias diferencias de clase en una sociedad desigual, donde las ovejas y el oro engalanaban los salones de una élite pequeña y cosmopolita mientras una gran mayoría de la clase popular debía calentarse los pies con ladrillos envueltos en frazadas para conciliar el sueño por las noches de invierno. Gabriela se entibó los pies con esos ladrillos. Desde esa fragilidad construye lo que será su posición firme a favor de la infancia, la instrucción de las mujeres y la importancia del acceso a la cultura en tiempos en los cuales el analfabetismo y el raquitismo infantil acechaban a las familias de sectores populares.

Pensando en las lecturas que componen el universo de *Mireya*, observamos esta mirada que integra en un mismo corpus textos de autorías plurales en forma y origen: prosas, versos, análisis políticos, publicidad de grandes almacenes, imágenes de musas del cine. El mensual, a modo de *magazine*, trata de oficios, sociología y

arte, no está dirigido únicamente a los estancieros letrados ni a las señoras de alcurnia, sino también a quienes ingresan progresivamente a la letra y, con ello, a un diálogo con problemas transversales, que nos muestran una editora que no subestima a sus lectores/as, sino que desafía la chilenuzación como imposición de un canon nacionalizador. Lo sublime y lo cotidiano transcurren junto a reflexiones vigentes hasta hoy, como los conflictos territoriales en la frontera norte del país, la necesidad y pertinencia de las vacaciones de invierno (sobre todo en un lugar donde la nieve, la falta de luz y calefacción atentaban contra el bienestar de los niños y las niñas de las escuelas pobres), los poemas inéditos de Alfonsina Storni, la crítica favorable de la obra de Juana de Ibarbourou, los cuentos rusos y las poesías persas, entre otros.

Mireya es una estantería abierta, un espacio que pretende incitar e invitar a una lectura propiciadora del diálogo ciudadano. Las voces del profesorado popular, de la élite, de los/as intelectuales y artistas del continente tenían eco y contribuyen a la cohesión del tejido social -hoy tan ausente. La valoración de la cultura popular, del oficio y el reconocimiento al genocidio cometido contra los primeros habitantes de esta zona, aparece en sus diarios y cartas, se asoma en textos que escribe, pero no firma. Sin embargo, aparecen en la sección de la publicación que asumió bajo su dirección: las páginas de educación popular. La dirección de la revista está a cargo de

Julio Munizaga Ossandón, pero desde el nombre mismo de ella es posible advertir cuánto de nuestra autora hay puesto en ella. *Mireya*, tomada de un poema provenzal de Frederic Mistral, *Mireya* al viento, asomando nuevos bríos a una sociedad moderna y plural en origen, pero reproduciendo los vicios de la desigualdad del centro y la negación de lo indígena, para la construcción de un imaginario de progreso, tributario del Estado-nación.

En la avenida Colón aún están los árboles que plantó la autora junto a las estudiantes y personal de su liceo mientras promovía que hubiese atención dental y desayuno, conferencias, lecturas selectas en la biblioteca, que atendía los días sábado y detenía la mirada en los piecitos. Este poema aparece en la publicación, en el marco de lo que ella titulaba "poesías escolares" y se mantiene prácticamente invariable hasta su aparición en *Desolación*, tres años después, publicado en Nueva York. La imagen de los pies descalzos, como seña de la crueldad del clima, pero también de la indiferencia de una sociedad frente a la pobreza de la infancia entendida ésta en un sentido amplio, como una seña de exclusión de la participación política, ya sea por ser niño o niña, pero también por ser analfabeto y analfabeta, por ser pobre, es una estampa que resiste al tiempo, un yugo que aún nos pesa, pese a la distancia en el tiempo.

Es evidente la visión, la mirada progresista en términos políticos, que daba esperanza de *un aprender a vivir*

en conjunto, sin anular las diferencias culturales, pero sí las desigualdades. Mucho se habla hoy de inclusión, pero si se deja fuera el componente de las desigualdades de clase y su necesario combate, tanto en términos materiales de subsistencia como en el acceso a los bienes culturales (que también son un modo de subsistir, sobre todo ante los dolores del mundo), difícilmente se podrá traducir este concepto en un sentido amplio, que sea visible en los muros de las escuelas públicas, cada vez más desbaratadas, en las zonas pobladas de viviendas que apenas resisten un temporal. ¿Cuánto de las ovejas y del oro sigue pesando hoy? ¿Qué diría Gabriela del debilitamiento de la educación pública? ¿De la concentración de los medios de comunicación en las manos de élites financieras y empresariales? ¿Del proyecto de Ley de Sala Cuna Universal, que quita una vez más el reconocimiento y la valoración a las, los y les docentes dedicados a la educación de las niñas/os/es y les precariza a todas/os/es? ¿De la falta de financiamiento para proyectos editoriales? Varias luces podremos encontrar en las páginas de su revista que plantó, tal como los árboles, para que pudieran ahí reunirse variedad de especies y volar.

Joyce Morales Duarte

Universidad Católica
Silva Henríquez, Chile
jmoralesd@ucsh.cl

Referencias

- Mistral, G., & Quezada, J. (2002). *Bendita mi lengua sea: diario íntimo de Gabriela Mistral (1905-1956)* (1a. ed.). Planeta.
- Scarpa, R. E. (1977). *La desterrada en su patria: (Gabriela Mistral en Magallanes: 1918-1920)*. Nascimento.